

APROXIMACIÓN AL TERRORISMO ISLAMISTA

AN APPROACH TO ISLAMIST TERRORISM

Jiri Sykora*

Artículo recibido: 20-06-2017

Aprobado: 07-08-2017

Resumen

Desde el 11 de septiembre de 2001 el terrorismo islamista se ha convertido en objeto de preocupación y debate para muchos que hasta ese momento sólo consideraban un problema de seguridad distante y marginal. Desde entonces se han multiplicado los análisis, noticias y debates intelectuales sobre la naturaleza y verdadero alcance de dicho terrorismo. Pero muchas veces se trata de visiones fragmentadas que, pese a su interés, resultan difícilmente comprensibles para el observador que pretende iniciarse en el tema. Este artículo ofrece una aproximación sencilla, y a la vez rigurosa, al terrorismo de inspiración islamista. En sus páginas se describen sus orígenes, sus objetivos y su probable evolución en el futuro cercano. Se indaga en la motivación de los terroristas suicidas y se examina hasta qué punto el terrorismo islamista confirma la existencia de un choque de civilizaciones. El artículo proporciona una visión general del terrorismo islamista en el mundo, qué clases de grupos participan en la yihad armada y qué importancia real tiene la red Al-Qaeda.

*Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma, Italia; Académico de la Licenciatura de Relaciones Internacionales, del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades en la Universidad Iberoamericana León, Gto., México.
jiri.sykora@iberoleon.mx

Abstract

Since September 11th, 2001, the Islamist terrorism has been subject of concern and debates for many that, up to now, have just considered it as a security issue, distant and marginal. Since then, analysis, news, and intellectual debates about the nature and real extent of such terrorism have multiplied. However, they are all partial visions that, despite their interest, are difficult

to understand to the newcomers to initiate in this topic. This article offers a simple but no less rigorous approach about the Islamic-inspired terrorism. In these pages, its objectives and its probable evolution towards the near future are described. It is explored on the motivation of the terrorist suicide bombers, as well as how far the Islamist terrorism confirms the existence of a clash of civilizations. The article gives a general vision of the Islamist terrorism in the world, which kind of groups participate in the armed jihad and the real importance of Al-Qaeda network.

Palabras clave: Terrorismo, terrorismo de inspiración religiosa, atentado suicida.

Keywords: Terrorism, religiously-inspired terrorism, suicide attack.

Prólogo

Desde hace un par de años estoy impartiendo la asignatura «Religión y Relaciones Internacionales» en la licenciatura en Relaciones Internacionales. Parte del temario de esta asignatura lo forma el «análisis del extremismo religioso y la violencia». Otra asignatura que imparto, «Historia de las Relaciones Internacionales», ofrece dentro del bloque histórico, después de la caída del muro de Berlín, el tema del terrorismo. De allí mi interés académico por el tema del terrorismo. Otro interés surge en julio de 2016, cuando estaba de vacaciones en Europa, llegué justo el 15 de julio, cuando Turquía fue escenario de una tentativa de golpe de Estado y posteriormente sucedieron varios actos terroristas en Alemania y en Francia. Los medios de comunicación días y días se enfocaban a analizar este fenómeno, entrevistaron a un buen número de expertos en el tema de la seguridad nacional, políticos, militares, embajadores. Destacaba el miedo que se generalizaba en la sociedad europea. Últimamente casi todos los días encontramos, en las primeras planas de los periódicos de todo el mundo, noticias sobre los actos violentos y el terrorismo en diferentes partes del mundo. Para contextualizar al lector, por ejemplo, el día 7 de julio de 2016 publicó el diario español *El País*: «Desde 1970 hasta el 2015 fueron perpetrados más de 150.000 actos terroristas en todo el mundo, según estima la organización académica de EE.UU., Consorcio para el Estudio del Terrorismo y las Respuestas al Terrorismo (START, por sus siglas en inglés)» (*El País*, 7 de julio de 2016). La reciente ola de atentados *yihadistas* en suelo europeo ha vuelto a colocar al terrorismo, un viejo conocido de la sociedad europea, en la primera plana mediática. Sólo con lo que vamos desde el principio de este año 2017 hasta el mes de mayo (cuando se entregó la primera versión de este artículo), el mundo ha asistido a unos 388 ataques terroristas en 52 países, que les costó la vida a unas 3.205 personas, de acuerdo con un informe publicado por la Universidad Austral (Infobae, consultado 02-06-2017).

Introducción

El _____, un grupo de _____ hombres vestidos de negro y fuertemente armados irrumpieron en un _____ de _____, abrieron fuego y mataron a un total de _____ personas. En las grabaciones de los atentados, se aprecia que los terroristas gritaron «¡Allahu akbar!». En la rueda de prensa realizada tras los atentados, el presidente _____ declaró: «Condenamos este acto criminal perpetrado por extremistas. Sin embargo, el intento de justificar estos actos violentos en nombre de

una religión de paz no logrará su cometido. También condenamos con la misma vehemencia a todos aquellos que aprovechen esta atrocidad como pretexto para cometer crímenes de odio islamofóbicos».

Mientras revisaba la introducción del presente artículo, unas semanas antes de su publicación, pude haber escrito algo más concreto como:

El 7 de enero del 2015, dos hombres vestidos de negro y fuertemente armados irrumpieron en las oficinas de Charlie Hebdo de París, abrieron fuego y mataron a un total de diez personas. En las grabaciones de los atentados, se aprecia que los terroristas gritaron «¡Allahu akbar!» (El Mundo, 8 de enero de 2015).

Sin embargo, tras meditar sobre ello, me di cuenta de que no tenía por qué elegir forzosamente París. Tan sólo unas semanas antes pude haber escrito:

Al menos 22 personas han muerto y 59 han resultado heridas tras un atentado provocado por un terrorista suicida durante un concierto de la cantante Ariana Grande en Manchester (Reino Unido). La deflagración se produjo en torno a las 23.30 horas, justo cuando la actuación acababa de terminar y cientos de adolescentes comenzaban a desalojar el Manchester Arena. Muchos padres se agolpaban en los alrededores para esperar a sus hijos cuando estalló el pánico (El Mundo, consultado 23-05-2017).

De hecho, pude haber escrito una frase muy parecida sobre distintos hechos acontecidos en Ottawa, Canadá, hasta Sydney, Australia, o Baga, en Nigeria. De modo que al final decidí dejar en blanco el lugar, el número de los terroristas y el correspondiente a las víctimas para que fuera el lector quien pudiera llenarlos con el último caso que haya aparecido en las noticias. O, si se prefiere un ejemplo más histórico, se puede intentar algo así:

En septiembre de 2001, un grupo de 19 terroristas islámicos secuestró varios aviones y los estrelló contra edificios de Nueva York y Washington, lo que provocó la muerte de 2.996 personas (El Mundo, 2001).

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 frustraron las esperanzas de aquellos que imaginaban un mundo más seguro tras el fin de la Guerra Fría

El terrorismo no es un fenómeno nuevo, pero constituye una amenaza mucho mayor que hace décadas. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 frustraron las esperanzas de aquellos que imaginaban un mundo más seguro tras el fin de la Guerra Fría. En cierto modo, la década de 1990 se asemeja al periodo de entreguerras que separó los dos enfrentamientos mundiales. Desde 1991 hasta aquel martes de septiembre se habían producido varias decenas de conflictos armados en el mundo, pero ninguno de ellos había alterado la vida corriente de las sociedades occidentales. Europa y Estados Unidos parecían a salvo de los peligros que acechaban en la periferia mundial. Las imágenes en directo de los atentados de Nueva York fueron un golpe inesperado e inexplicable para millones de personas. La angustia y el sufrimiento que acompañan todo episodio bélico se hicieron de nuevo presentes en el corazón del mundo desarrollado, pero esta vez la confusión era aún mayor porque

se añadía el miedo a lo desconocido. El enemigo y los motivos de la agresión constituían un misterio para la inmensa mayoría de los ciudadanos.

Este artículo pretende introducir al lector en una de las principales amenazas para la seguridad internacional: el terrorismo y, más en concreto, el terrorismo de inspiración islamista. En estas páginas evitaremos el término terrorismo «islámico» porque este concepto lo relaciona directamente con el conjunto de la religión musulmana. El efecto es similar al que produciría escuchar terrorismo cristiano, terrorismo judío, terrorismo de izquierda o de derecha. Por tanto, en el artículo hablaremos de «terrorismo islamista» o «terrorismo *yihadista*».

El terrorismo islamista no es monolítico; las corrientes y grupos son múltiples. Sin embargo, tiene un tronco ideológico común y muchas de las organizaciones que lo practican mantienen vínculos entre sí. Con el fin de evitar que la obra resulte tediosa y acabe confundiendo al lector, no vamos a detenernos en una descripción pormenorizada de la historia y características de cada uno de los grupos terroristas. Esa información puede encontrarse en fuentes especializadas que se recogen en la bibliografía. En estas páginas primarán la síntesis y la visión de conjunto, para así facilitar al lector no especializado una idea global de la naturaleza del fenómeno y de sus características. Comenzaremos aproximándonos al concepto de terrorismo y a las especificidades del terrorismo islamista y luego analizaremos la previsible evolución que experimentará la violencia *yihadista* en los próximos años.

En primer lugar, ¿qué es el terrorismo?

Es difícil llegar a una definición plenamente aceptada de terrorismo. La frase «lo que para unos es un terrorista, para otros es un luchador por la libertad» es quizá más conocida que cualquier otra enunciación clara de ese fenómeno violento. Los problemas para su definición no son sólo conceptuales, sino sobre todo políticos. Es un término cargado de connotaciones negativas que justifica la aplicación de las medidas más duras contra el adversario.

Aunque pueden encontrarse antecedentes de conductas terroristas en los zelotes sicarios de la Judea romana, en los asesinos ismailitas de la Edad Media, o en los Thugs de la India colonial, el término *terrorismo* se utilizó por primera vez en el año 1795 para referirse al régimen instaurado por los jacobinos en la Francia posrevolucionaria. Fue empleado de nuevo para denominar la violencia de los irlandeses contra los propietarios ingleses, en el siglo XIX, y para calificar al grupo ruso *Narodnaya Volya* (la voluntad del pueblo) que en 1881 acabó con la vida del zar Alejandro II (Laqueur, 2003: 44). Posteriormente, el terrorismo aparece ligado a la actuación de los grupos anarquistas, que hicieron un uso extensivo del asesinato y del sabotaje con fines políticos; práctica que ellos justificaron como «propaganda por el hecho». El término se consolidó en el siglo XX con la proliferación de este tipo de organizaciones (Guelke, 1995: 3-9).

El término terrorismo se utilizó por primera vez en el año 1795 para referirse al régimen instaurado por los jacobinos en la Francia posrevolucionaria.

Ninguna definición puede englobar satisfactoriamente las diversas formas de terrorismo que se han dado a lo largo del tiempo, tanto desde arriba (practicado por las élites gobernantes), como desde abajo (por los grupos que se enfrentan a la autoridad estatal). Es un término ambiguo literalmente, pues toda violencia genera miedo social, incluso la no provocada (como pueden ser los accidentes aéreos).

No obstante, es posible perfilar una definición general que permita distinguir al terrorismo de otras formas de violencia política. Fernando Reinares apunta en su libro *Terrorismo y Antiterrorismo* (Reinares, 1998: 15-19) las características esenciales: a) el terrorismo es un tipo de violencia que genera efectos psíquicos desproporcionados respecto a sus consecuencias materiales. b) Tiene la intención de que esos efectos sobre la población condicionen sus actitudes y dirijan sus comportamientos en una dirección determinada. Por tanto, es de naturaleza política. c) Son además actos violentos que aparecen concatenados temporalmente. d) Suele tener un carácter imprevisible, y ello determina estados mentales generalizados de miedo. e) Actúa principalmente contra blancos simbólicos. f) Es un medio por el que se canaliza un determinado mensaje a la población y, por ende, la eficacia de dicha violencia depende de la amplitud y penetración de sus cauces de comunicación. g) En un episodio terrorista el objetivo no son tanto las víctimas de la violencia como los gobiernos y las sociedades, pretendiendo generar en ellos una reacción concreta (miedo, intimidación, concesión, radicalización o una represión exagerada).

Otra nota distintiva del terrorismo es su carácter inmoral. Puede invocar fines legítimos, pero al recurrir a una violencia innecesaria o dirigida contra inocentes se convierte siempre en una conducta desviada. Es particularmente ilegítimo en las democracias liberales ya que en ellas existen vías formales e informales no violentas que permiten gestionar los conflictos de intereses en el seno de la comunidad. Quienes optan por el terrorismo en una democracia lo hacen porque carecen del respaldo social necesario para lograr sus objetivos e intentan imponer su agenda política con las armas. Un ejemplo histórico es el asesinato del heredero del Imperio Austro-Húngaro que sirvió como detonante para la Gran Guerra.

El terrorismo suele ser el arma del bando más débil. Es una forma de conflicto asimétrico, en el que se evita la fuerza y el enfrentamiento directo con el adversario y se arremete contra sus puntos más vulnerables. Los terroristas son habitualmente una minoría que carece de recursos para enfrentarse en igualdad de condiciones con las fuerzas de seguridad del Estado. Plantear la batalla de manera convencional equivaldría a tener la derrota asegurada de antemano; por ello se mezclan con la población, se esconden, se hacen invisibles y

El objetivo no son tanto las víctimas de la violencia como los gobiernos y las sociedades, pretendiendo generar en ellos una reacción concreta (miedo, intimidación, concesión, radicalización o una represión exagerada).

Los terroristas son habitualmente una minoría que carece de recursos para enfrentarse en igualdad de condiciones con las fuerzas de seguridad del Estado

atacan donde menos se espera. Pero precisamente por ser la opción del débil, el terrorismo acaba siendo derrotado la mayor parte de las veces. La estrategia asimétrica raramente es decisiva. Los terroristas generan miedo social y obligan a consumir una cantidad considerable de recursos en su lucha, pero raras veces alcanzan sus objetivos finales. Sólo los han conseguido cuando han sido muy limitados y concretos, o cuando han ido acompañados de otras estrategias de carácter social, político, militar o diplomático (Calvo Alvero, 2004: 40).

Terrorismo de inspiración religiosa

Las cifras llaman la atención sobre el auge del terrorismo de inspiración religiosa en las dos últimas décadas. En 1968, ninguno de los 11 grupos terroristas internacionales respondía a motivaciones religiosas, mientras que en 1995, 26 de los 49 grupos de terrorismo internacional tenían una inspiración religiosa predominante (Hoffman, 1999: 130-132). Las religiones de las que surgen esos grupos radicalizados rechazan la muerte de inocentes. ¿Cómo se explica entonces que asesinen en nombre de Dios? ¿Cómo es posible que personas piadosas y que parecen rectas justifiquen y practiquen el terrorismo? Y no es que utilicen la religión hipócritamente; las entrevistas y testimonios demuestran que muchos de ellos tienen una verdadera sed de espiritualidad, son piadosos y se esfuerzan por llevar una conducta moral en otros aspectos de su vida (Juergensmeyer, 2001: 8).

A lo largo de la historia han surgido corrientes radicalizadas en el cristianismo, el judaísmo, el hinduismo o el islam, que han justificado con categorías religiosas el empleo de la violencia, y más concretamente, de acciones que pueden ser calificadas de terrorismo (aunque los que las llevaban a cabo no se considerasen a sí mismos terroristas). Las religiones ofrecen una interpretación global de la vida y su perversión a través de corrientes minoritarias puede resultar particularmente grave. Una lectura religiosa trastocada proporciona sentimientos, razones y sentido de compromiso para decantarse por la violencia de manera brutal e implacable. Muchas de las limitaciones éticas desaparecen porque su comportamiento goza supuestamente de la aprobación de la divinidad (fuente definitiva de la moralidad) y, además, el premio a los sacrificios no se limita a la obtención de los objetivos temporales, sino que incluye una recompensa en el más allá.

Muchas de las limitaciones éticas desaparecen porque su comportamiento goza supuestamente de la aprobación de la divinidad (fuente definitiva de la moralidad)

Un caso particular de violencia de inspiración religiosa es la guerra santa. En la mayor parte de los conflictos armados se ha invocado a la divinidad con el fin de justificar la legitimidad de la causa; pero lo especial de la guerra santa es que en ella los combatientes luchan obedeciendo un mandato divino. Así sucedió en algunas guerras de judíos, musulmanes y cristianos, y así sucede en el terrorismo que actualmente practican Al-Qaeda y otros grupos de terrorismo islamista. Lo que caracteriza a la guerra santa es que en ella la motivación religiosa es la principal y confiere sentido al discurso de los promotores de la guerra (Aslan, 2015: 118).

Algunos principios positivos de las religiones pueden ser pervertidos y reinterpretados en clave terrorista. Por ejemplo, la idea de la entrega y del sacrificio personal por una causa justa, o la aceptación de la muerte como testimonio supremo de las propias creencias. De esta manera, la militancia en el

grupo violento podría llegar a entenderse como un compromiso meritorio. Cuando se desvirtúan los valores trascendentes que estimulan a la mejora personal y social, la lectura resultante puede dar lugar a un fanatismo enormemente peligroso, que a la vez llena el espíritu de las personas a las que contagia y les mantiene convencidos de la justicia de su ideal. Por esa razón muchos afrontan enormes costes personales y llegan a aceptar la muerte en defensa de sus valores. Como resultado puede darse la paradoja de que la trasgresión de los principios éticos más elementales sea compatible con que en la conducta de los terroristas haya algo de heroico y grandioso que estimule la unión de nuevos partidarios.

La religión como tal no es el origen de la violencia, pero, si es intoxicada por doctrinas violentas, se puede convertir en un multiplicador de barbarie. Entonces la cuestión clave radica en identificar qué motiva la interpretación desviada de las fuentes religiosas. Al analizar el origen de este tipo de terrorismo de inspiración religiosa se advierte siempre la presencia de causas añadidas, ajenas a la religión. Como cualquier fenómeno social complejo, el terrorismo es el resultado de más de un factor. La existencia de graves injusticias, la represión brutal, la ausencia de cauces institucionales para satisfacer las demandas políticas, una cultura extendida de aceptación del empleo de la violencia, la presencia de ideologías radicales de carácter étnico excluyente, el talante extremista de determinadas personas, la facilidad para adquirir armas, un entorno social favorable a los terroristas o, por el contrario, la percepción de la imposibilidad de movilizar a la población son factores que pueden coincidir en las raíces de distintos tipos de terrorismo (Corte Ibáñez, 2006: 33).

La interpretación violenta de los textos sagrados no es la fuente única del terrorismo de inspiración religiosa. Es preciso que haya otras causas de naturaleza diferente para que surja y arraigue (Richardson, 2001: 103-133). Además, la importancia de la motivación religiosa varía según los casos. Su protagonismo puede tener un perfil de mayor o menor relieve. En aquellos terrorismos donde la motivación es principalmente religiosa la violencia tendría como objetivo fundamental cumplir un mandato divino o imponer a otros por la fuerza una determinada visión trascendente de la vida (Ranstorp, 1996: 41-62). Las acciones terroristas perpetradas por algunos cristianos fundamentalistas en Estados Unidos, por judíos ultra-ortodoxos en Israel, y por muchos grupos de inspiración islamista encajarían en esta categoría. Salvando las distancias, también se podría incluir en este apartado el terrorismo milenarista de algunas sectas, como por ejemplo la japonesa «Aum Shinrykio» que en 1994 llevó a cabo un atentado con gas sarín en el metro de Tokio (y en 1993 cuatro intentos de atentados con ántrax, cf. Rosenau, 2001: 289-301). Pero la diferencia con los otros es importante porque se trata de cultos esotéricos y no propiamente de religiones. No existe una relación del individuo con Dios, sino creencias gnósticas o naturalistas, combinadas con una fuerte devoción a la personalidad del líder.

**La violencia tendría
como objetivo
fundamental cumplir
un mandato divino o
imponer a otros por la
fuerza una determinada
visión trascendente de la
vida**

La religión constituye un factor explicativo de perfil bajo en los terrorismos donde las creencias trascendentes se limitarían a permitir la violencia (justificándola como legítima defensa); donde el contenido religioso fuese sólo uno más y no el principal, o el recurso a él fuese interesado; o donde terroristas agnósticos empleasen categorías de origen religioso para justificar su comportamiento. La actuación de algunos miembros de *Euskadi Ta Askatasuna* (ETA, por sus siglas en euskera, traducible como «País Vasco y Libertad») en sus comienzos, o el de algunas milicias en Estados Unidos, encajarían en este tipo de terrorismo.

Además de la presencia de causas no religiosas añadidas, otro factor que explica la interpretación desviada de las doctrinas está relacionado con la naturaleza de la religión utilizada para inspirar ese terrorismo. La exégesis violenta y radicalizada es más probable en aquellas religiones que admiten la libre interpretación personal de sus fuentes o que no tienen establecida una autoridad exclusiva al respecto. El prominente orientalista británico Bernard Lewis argumenta que en el Corán la yihad implica guerra en la mayor parte de los casos (Lewis, 1988: 72). Si no existe un magisterio aceptado por todos los miembros de la religión, que determine la interpretación única y exacta de la revelación divina, las enseñanzas y los textos sagrados pueden recibir un número muy elevado de interpretaciones sobre aspectos esenciales. Y uno particularmente delicado sería la moralidad del empleo de la violencia, que suele ampararse en el derecho de legítima defensa y en el concepto de guerra justa (amplia explicación del término de las guerras justas, cf. Bellamy, 2009; Walzer, 2001). Cuando no interviene una autoridad religiosa con potestad exclusiva de exégesis, la interpretación puede ajustarse a los intereses particulares del que necesita respaldo moral para su causa. Y, en un contexto político y social proclive al radicalismo, ese amplio margen de interpretación puede permitir que determinados colectivos o autoproclamadas autoridades religiosas justifiquen abiertamente la práctica de acciones terroristas, basándose en unas fuentes sagradas que comparten con otros muchos que condenan sinceramente dicha violencia.

Cuando existe una autoridad exclusiva de interpretación de las fuentes, las probabilidades de desviación se reducen. Pero incluso así determinados sectores de esa misma religión pueden aplicar el concepto de guerra justa o de legítima defensa al empleo de la violencia terrorista (entendiéndola entonces como algo similar a la guerrilla). No obstante, en los casos en que esto se ha dado, la religión no ha sido el principal impulsor de la violencia, sino más bien un agente legitimador. Su perfil ha sido bajo. Así es como se interpretaría el papel que pudieron representar determinados sectores del clero vasco en los orígenes del terrorismo de ETA. Los testimonios de personas que militaron en esta organización durante la década de 1970 revelan cómo algunos párrocos conocían y toleraban la actividad terrorista, y por ello narran experiencias personales sumamente contradictorias, como la de ir a confesarse antes de realizar un atentado «por lo que pudiera pasar» (Reinares, 2001: 62-64). Pero esa interpretación legitimadora de la violencia ha chocado con la condena tajante de cualquier tipo de terrorismo por parte del magisterio de la Iglesia. Las declaraciones oficiales son numerosas y explícitas, a pesar del escaso eco que han

Pueden aplicar el concepto de guerra justa o de legítima defensa al empleo de la violencia terrorista (entendiéndola entonces como algo similar a la guerrilla)

tenido en los medios de comunicación (Serrano, 2001). Por tanto, los creyentes y los miembros del clero que justifiquen el terrorismo se sitúan doctrinalmente fuera de la religión católica. Existe una línea clara que, si se cruza, convierte en heterodoxos ese tipo de pensamiento y de conducta.

Sin embargo, en las religiones donde prevalece la interpretación personal de los textos sagrados, la distinción entre lo que es y no es ortodoxo resulta más problemática. El número de seguidores de una doctrina y su arraigo histórico pueden resultar importantes, pero no suficientes. Si la mayoría opina una cosa, pero un pequeño grupo diverge de ellos, nada impide que esos pocos se consideren a sí mismos poseedores de la interpretación correcta y tachen a los demás de desviados o engañados. Y esa minoría, aunque repudiada por el resto, sigue perteneciendo «legítimamente» al tronco común de la misma religión, pues utiliza las mismas fuentes y sus contenidos coinciden en un elevado porcentaje con las creencias de esa fe. Podría entonces argumentarse que también en las religiones de libre interpretación es posible establecer una línea que separe los verdaderos creyentes de los que no lo son, y que cualquiera que acepte la práctica del terrorismo se sitúa fuera de dicha religión. Pero si no existe un magisterio con potestad canónica exclusiva ¿quién establece con autoridad absoluta las fronteras de la ortodoxia?

El terrorismo islamista: ¿qué le diferencia de los otros?

Precisamente una característica del islam es la interpretación múltiple de los textos sagrados. Sus fuentes son el Corán y la Sunna (las enseñanzas y hechos de Mahoma), más los instrumentos intelectuales utilizados para su exégesis: el consenso de los sabios, la analogía, y la interpretación y razonamiento de la ley religiosa. Algunos pasajes del Corán y de la Sunna admiten interpretaciones muy variadas y, a veces, contradictorias. Eso explica la diversidad de corrientes y de escuelas que componen dicha religión, y que entre las diversas lecturas existan algunas –minoritarias– que justifican el empleo de la violencia con fines religiosos. Son precisamente estas últimas las que alimentan doctrinalmente al terrorismo islamista. Como hemos adelantado en la introducción, resulta más adecuado este adjetivo, en lugar de islámico, porque dichos grupos surgen en el entorno de la ideología política conocida como islamismo (también denominado fundamentalismo e integrismo islámico por los medios de comunicación). Sin embargo, tampoco se debe identificar islamismo con terrorismo, pues muchos de los colectivos animados por esa corriente político-religiosa lo rechazan con franqueza.

El islam no es una religión monolítica. En realidad, es un tronco común de creencias del que se derivan interpretaciones muy distintas

¿Es el islam una religión que fomenta el terrorismo? La pregunta no se puede responder porque está mal formulada. El islam no es una religión monolítica. En realidad, es un tronco común de creencias del que se derivan interpretaciones muy distintas. Su variedad interna es difícil de entender si aplicamos el criterio de uniformidad de la religión más cercana a nosotros, es decir, la católica. Resulta más fácil construirse una idea de dicha multiplicidad de lecturas si la comparación se hace

con el cristianismo en su conjunto, incluyendo las iglesias que han aparecido desde la reforma luterana. Por esta razón, la respuesta al interrogante que acabamos de plantear sería que algunas lecturas de las fuentes islámicas sí justifican la práctica del terrorismo. Y, por tanto, que sí existen corrientes religiosas dentro del islam que alientan el empleo de la violencia en nombre de Dios. Ciertamente, constituyen una minoría dentro de los más de mil millones de seguidores de esa religión que no admiten el terrorismo y consideran falsos musulmanes a los que lo practican. Pero ese posicionamiento mayoritario no priva de legitimidad religiosa a los terroristas. Como ya hemos apuntado, la inexistencia del magisterio de interpretación única impide la delimitación clara de lo que está fuera o dentro de la ortodoxia. Y como resultado, los partidarios del terrorismo islamista se consideran a sí mismos no sólo verdaderos creyentes, sino la auténtica vanguardia del islam. Unos consideran herejes a los otros y viceversa.

A pesar de constituir una minoría, la cifra total de terroristas y de los que los apoyan es elevada, y sus actuaciones son muy letales y alarmantes (Enders y Sandler, 2000: 307-332). El informe *Patterns of Global Terrorism*, publicado en abril de 2003 por el Departamento de Estado norteamericano, recoge un conjunto de 36 organizaciones terroristas extranjeras, de las que 19 pueden ser consideradas como terrorismo religioso y, de ellas, 17 son de inspiración islamista (State Department, *Patterns of Global Terrorism*, 2002). De hecho, la mayoría de los grupos que han surgido desde la década de 1990 en todo el mundo se corresponde también con este tipo de terrorismo (Pedahzur, A., Eubank, W. y Weinberg, L., 2002: 141-147). Por tanto, una primera característica distintiva sería su extensión mundial y su carácter emergente.

El terrorismo islamista no constituye un bloque único. Existen diversos grupos que tienen diferentes objetivos, medios, características de sus miembros, alcance y métodos. El elemento común es su inspiración religiosa. Todos pretenden la islamización de sus sociedades, y todos legitiman la violencia en nombre de la *yihad* (la guerra santa). Por ello, otra característica diferenciable de este terrorismo consiste en que pretende aplicar por la fuerza los principios políticos islamistas. Junto a esta peculiaridad resalta el maximalismo de sus postulados: el terrorismo islamista no negocia. Persigue el cumplimiento de su agenda político-religiosa sin posibilidad de acuerdos intermedios. En casos extremos, como sucede en el terrorismo de Al-Qaeda, no ponen la pistola en la cabeza de la víctima y piden algo a cambio, sino que directamente disparan (Carr, 2002: 24-25).

Una tercera nota relevante es su mayor letalidad. Sin embargo, no se trata de una característica exclusiva; es una tendencia común del terrorismo mundial. El público se ha acostumbrado a vivir con este fenómeno violento y, para asegurar mayor impacto mediático y psicológico, las acciones han de ser cada vez más sangrientas (Hofman, 1999: 130-132). Por ejemplo, grupos como las *Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia* (FARC, fue un grupo guerrillero de izquierda de inspiración marxista-leninista), o los *Tigres TAMIL* (era una organización tamil fundada en 1976) en Sri Lanka no son de inspiración religiosa y su terrorismo es mucho más letal que el de los años de 1960 o 1970.

El terrorismo islamista no constituye un bloque único. Existen diversos grupos que tienen diferentes objetivos, medios, características de sus miembros, alcance y métodos

En cualquier caso, la elevada mortalidad del terrorismo islamista es, si no una característica exclusiva, sí un aspecto muy destacado del mismo. También lo es para el terrorismo de inspiración religiosa en general. Según algunos autores, la explicación se encontraría en que la motivación religiosa lleva a que los terroristas presten menos atención a las implicaciones políticas y sociales de sus atentados. La violencia sagrada dejaría de ser un medio y se convertiría en un fin. La audiencia no sería la sociedad a la que se pretende chantajear o aterrorizar, sino la divinidad. Como los terroristas desprecian a sus víctimas al considerarlas apóstatas o infieles, su violencia es más generalizada y cruel, sin distinguir entre civiles y fuerzas de seguridad (Hofman, 1995: 271-284). La alta letalidad de los atentados entra en el cálculo político de los terroristas. No es violencia ciega. Creen cumplir un mandato divino y a la vez se comportan como actores racionales. La reacción de los gobiernos y de las sociedades ante sus atentados forma parte de sus planes. La acción estratégica del terrorismo islamista contradice opiniones como la del filósofo francés André Glucksmann en su libro *Dostoievski en Manhattan* (Glucksmann, 2002). Según él, se trata de nihilistas que tienen tan sólo una divisa: mato, luego existo. Reivindican la trasgresión y no tienen nada que perder, ni nada que salvar. Son fanáticos que metabolizan religiones, sistemas e ideologías en aras de su objetivo destructor. De una manera similar se expresa Michael Ignatieff, afirmando que los terroristas cometieron aquella atrocidad sin pretender ninguna meta política (Ignatieff, 2001: 7). Pero esas opiniones no se ajustan a la realidad. La ideología y la estrategia de los terroristas incluyen objetivos claramente definidos—objetivos políticos de inspiración religiosa—, y existe relación entre los medios empleados y esos fines, por muy brutales y fanáticos que sean. Su comportamiento es estratégico.

Como los terroristas desprecian a sus víctimas al considerarlas apóstatas o infieles, su violencia es más generalizada y cruel, sin distinguir entre civiles y fuerzas de seguridad (Hofman, 1995: 271-284)

Los atentados suicidas ¿algo exclusivo de este tipo de terrorismo?

Los atentados suicidas no son exclusivos del terrorismo islamista, sin embargo, se encuentran muy relacionados con él porque su origen contemporáneo proviene de la organización libanesa *Hezbollah* (que inauguró ese tipo de ataques en 1983) y porque la mayor parte de las organizaciones que lo practican son *yihadistas*. Antes de analizar las «operaciones de martirio» conviene aproximarse a las acciones armadas suicidas en general para entender por qué otros grupos terroristas que no son religiosos también realizan ese tipo de acciones. La autoinmolación de un terrorista religioso podría llegar a explicarse—relativamente— por la creencia de esa persona en que su acción le abrirá las puertas del paraíso. Sin embargo, ¿cómo es posible que un terrorista agnóstico pueda llegar a realizar una acción similar? La respuesta a esta pregunta nos ofrecerá pistas sobre la compleja motivación del terrorista suicida, sea religioso o laico.

Muchos de los ataques perpetrados por grupos anarquistas a finales del siglo XIX y principios del XX eran en realidad acciones suicidas, ya que los terroristas morían como consecuencia de la explosión (como por ejemplo la que acabó con la vida del zar Alejandro II) o tenían la certeza de que iban a ser detenidos en el lugar de los hechos y, posteriormente, ejecutados. Si bien, en algunos de esos casos, la motivación tenía orígenes nihilistas, en otros cabría encontrar un engarce con la tradición militar universal de luchar hasta el final y ofrecer la vida por una causa noble. Posiblemente

eso es lo que inspira a los terroristas suicidas no creyentes. Factores ajenos a la conducta de un suicida depresivo, como el sentido del deber, la solidaridad con el grupo y la abnegación por una idea suprema explican entonces la aceptación del sacrificio personal. Esos elementos pueden tener un carácter trascendente, pero también meramente humano. Por esa razón, el terrorismo suicida no es exclusivo de los grupos de inspiración religiosa (Fernández Rodríguez, 2008: 68).

De hecho, la organización terrorista que ha realizado más atentados suicidas es de motivación etno-nacionalista. Se trata de la unidad especial de los mencionados «Tigres de Liberación Tamiles». Ha ejecutado en total más de ciento sesenta acciones suicidas y tiene el dudoso honor de ostentar el récord mundial en dicha categoría. Está compuesta por hombres y mujeres, y entre sus asesinatos se incluyen los del primer ministro indio Rajiv Gandhi (en 1991) y el presidente de Sri Lanka, Ranasinghe Premadasa (en 1993). Asimismo, el *Partido de los Trabajadores Kurdos* (PKK), de inspiración marxista-leninista, también ha llevado a cabo veintiuna acciones suicidas, aunque cinco de ellas fueron interceptadas a tiempo. La organización palestina *Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa* (un grupo armado palestino laico) tampoco es un grupo islamista y ha realizado más de una decena de atentados suicidas.

La organización palestina Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa (un grupo armado palestino laico) tampoco es un grupo islamista y ha realizado más de una decena de atentados suicidas

Aunque sea distinto del suicidio, el sacrificio consciente en combate es una constante en la historia de la guerra. La práctica de no rendirse y luchar hasta la muerte se puede advertir en el transcurso de numerosas batallas, desde la antigüedad hasta el siglo XX. Es cierto que entre el suicidio y la resistencia heroica existe una diferencia clara: en la acción suicida el protagonista se causa a sí mismo la muerte, mientras que en el autosacrificio muere en manos de otros. Pero en ambos casos el sujeto ofrece voluntariamente su vida, y esa coincidencia lleva a que la frontera entre el suicidio y la muerte heroica se desplace de un lugar a otro según los criterios subjetivos de los que respaldan las acciones *kamikazes*. La diferencia entre el héroe y el fanático depende muchas veces de la opinión de quien juzga y del valor que se otorga a la causa que hay detrás. Para los que apoyan un determinado grupo terrorista el suicidio de sus militantes sería un acto heroico y no fanatismo, ya que la situación se habría vuelto tan extrema que la única forma de lograr la victoria sería recurriendo a ese tipo de prácticas. Así lo consideraron en 1944 los *kamikazes* japoneses, y así lo expone en la actualidad un «manual de martirio» difundido recientemente en Gaza y Cisjordania: la vida es importante, pero más aún lo es la defensa de la justicia. Por ello, cuando un peligro grave amenaza a la sociedad, el martirio puede llegar a ser un imperativo (Israeli, 2002: 23-40).

Los argumentos religiosos también añaden una motivación relevante al terrorismo suicida. Si además del valor humano atribuido al sacrificio por los demás, el terrorista confiere a su acción un sentido trascendente y alberga la esperanza de recibir una recompensa después de la muerte, las razones para abrazar esa opción se ven reforzadas. Los discursos grabados de terroristas antes de realizar la «operación de martirio» confirman esa tesis, y también la avalan los números: la mayor parte de los grupos que lo practican son de inspiración religiosa y, más en concreto, islamista. Las referencias a Dios y al martirio en las últimas palabras de los suicidas son una constante de ese género de videos. También lo son las palabras de consuelo a la familia y la expresión de orgullo por llevar a

cabo la *Istishhad* (dar la vida por Dios). Pero lo que más llama la atención es que ese discurso es asumido en ocasiones por las propias familias. Sirven de ejemplo las palabras desgarradoras de la madre de un suicida palestino, entrevistada por la cadena Al-Yazira en julio de 2002:

No amo a mi hijo más que al islam. Lo he entregado como ofrenda y sacrificio a Dios (que sea glorificado) y a la verdadera religión, con el fin de proteger la fe y alzar el estandarte de «no hay más divinidad que Dios y Mahoma es su Profeta» sobre la tierra de Palestina y sobre todas las tierras del mundo. Si no abrazamos la guerra santa, la herejía cubrirá todo el mundo... nuestro fin no es vivir, sino agradar a Dios (que sea glorificado). Éste es nuestro principal y último objetivo en esta vida (Al-Yazira, 2002).

La importancia del factor religioso se observa también en el perfil de los terroristas suicidas de grupos como *Hamas* (una organización palestina que se declara como *yihadista*, nacionalista e islámica). La organización no escoge personas de cuadro clínico suicida (desesperadas o deprimidas), sino a jóvenes normales, que incluso tienen un trabajo remunerado en la dañada economía palestina, pero que destacan por su espíritu religioso y por su odio apasionado a Israel. Durante las semanas previas al atentado son sometidos a un intenso plan de adoctrinamiento, oración y ayuno. Se les observa cercanamente con el fin de atisbar indicios de abandono, y cuando ya está próxima la «sagrada-explosión» se les graba un video-testamento, que luego ven ellos mismos varias veces. En cierto sentido esa filmación constituye un punto sin retorno.

Se les observa cercanamente con el fin de atisbar indicios de abandono, y cuando ya está próxima la «sagrada-explosión» se les graba un video-testamento, que luego ven ellos mismos varias veces

En términos cuantitativos, las operaciones suicidas se encuentran particularmente relacionadas con el terrorismo de inspiración islamista. No lo están en número total de acciones –porque es superior el conjunto de atentados de este tipo perpetrados por grupos no religiosos–, pero sí en la proporción de grupos que utilizan esta estrategia (Jordan Enamorado, 2007). Hasta el momento, las organizaciones de inspiración islamista que han recurrido a «operaciones de martirio» son las palestinas «Hamas» y «Yihad Islámica»; la organización global Al-Qaeda; las egipcias «Yihad» y «al-Yama'a al-Islamiyya»; «Lashkar-I-Taiba» y «Hizb-I-Mu-jahidin» en Cachemira; «Yema'a Islamiyya» en Indonesia; el «Grupo Islámico Armado» en Argelia; diversos grupos armados en Chechenia; y «Hezbollah» en el Líbano. En total más de doce grupos de inspiración islamista frente a los tres de terrorismo no religioso señalados anteriormente («Tamiles», «PKK» y «Mártires de Al Aqsa»), a los que habría que sumar acciones puntuales de algunos grupos libaneses pro-sirios de afiliación marxista durante la década de 1980.

Como ya hemos apuntado, las operaciones suicidas fueron introducidas en el terrorismo contemporáneo por la organización de inspiración islamista «Hezbollah». Posteriormente, se extendieron a otros grupos terroristas del Líbano y fueron imitadas poco después por los «Tigres Tamiles» de Sri Lanka. En la década de 1990, «Hamas» y «Yihad Islámica» también se sumaron a esta práctica (Gunaratna, 2000). Sin pretenderlo, la política israelí de deportación de islamistas palestinos al Líbano favoreció la relación de estos con miembros de «Hezbollah», que les instruyeron en ese tipo de técnicas. Desde 1993 hasta el comienzo de la segunda *Intifada* en septiembre de 2000, «Hamas» y «Yihad Islámica» realizaron cerca de cuarenta atentados suicidas. La seguridad israelí

limitó parcialmente la eficacia de esas acciones, matando a Yahiya Aiyash, el ingeniero que fabricaba los equipos suicidas. En una operación que parece sacada de una película, los agentes del *Shin Bet* (es el servicio de inteligencia y seguridad general interior de Israel) colocaron un explosivo en su teléfono móvil y lo hicieron explotar cuando recibió una llamada (Laqueur, 1999: 139). Desde aquel momento, los equipos suicidas fueron menos sofisticados y la mayoría de las veces sólo acababan con la vida del propio terrorista. Pero el grupo palestino no tardó demasiado en reconstruir su capacidad operativa. Desde el inicio de la segunda *Intifada* las operaciones suicidas de «Hamás» y «Yihad» superan las ochenta, sin contar numerosas acciones de autosacrificio –ametrallar a corta distancia un control de soldados israelíes o lanzarles una granada– en las que el ejecutor asumía su muerte segura durante el ataque (Schweitzer y Shay, 2002). El terrorismo suicida de ambos grupos ha provocado más de trescientas víctimas mortales.

Otros grupos islamistas han realizado también en la década de 1990 alguna actuación puntual, pero en número menor que las organizaciones palestinas. El «Grupo Islámico Armado» (GIA) planeó una operación que, de no haber sido abortada, habría adelantado el horror de los atentados contra las Torres Gemelas. El 24 de diciembre de 1994, un comando del GIA secuestró en el aeropuerto de Argel un Airbus A300 de Air France, con el propósito de volar hasta París y estrellar allí el avión. Pero los terroristas no sabían pilotar y dependían de la tripulación para llegar a la capital francesa. Tras dos días de secuestro, se permitió que el Airbus se trasladase a Marsella, donde fue asaltado por fuerzas especiales. Murieron cuatro secuestradores y tres pasajeros.

Los islamistas chechenos han incorporado esta práctica a su repertorio terrorista desde el año 2000 y, hasta la fecha, han ejecutado casi una veintena de atentados suicidas. Además, han sido los primeros –dentro del entorno islamista– en utilizar mujeres para esas operaciones. Hasta entonces las mujeres suicidas sólo actuaban en grupos terroristas no religiosos, protagonizando más de un tercio de las acciones de dichos grupos; despiertan menos sospechas y a veces han ocultado los explosivos bajo la ropa fingiendo estar embarazadas.

Al-Qaeda también se caracteriza por hacer un uso extensivo de este tipo de operaciones. Antes del 11 de septiembre varias de sus acciones fueron suicidas, como por ejemplo los ataques simultáneos contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania, y el atentado contra el destructor *USS Cole* en Yemen. Pocos días antes de los atentados de Washington y Nueva York, una operación de martirio acabó con el líder de la Alianza del Norte en Afganistán. Después del 11 de septiembre, Al-Qaeda y otros grupos asociados han ejecutado ataques de este tipo en Pakistán, Arabia Saudí, Túnez, Turquía, Yemen, Irak, Marruecos e Indonesia.

Las operaciones suicidas no constituyen necesariamente un síntoma de desesperación. Los grupos recurren a ellas tanto en momentos de fortaleza como en situaciones de debilidad. Las razones que explican tal elección son de carácter fundamentalmente práctico; por su eficacia, por las mayores posibilidades operativas que ofrecen, y por su mayor impacto psicológico y mediático. Uno de los aspectos más complejos de la planifica-

Como el miedo a morir o a ser capturado no frena a los suicidas, resulta muy difícil diseñar medidas de protección seguras. Como consecuencia, es un terrorismo que crea gran alarma social

ción de un atentado terrorista consiste en garantizar la seguridad y huida de los ejecutores. Las acciones suicidas simplifican el proceso y superan con mayor facilidad las barreras defensivas de la víctima, que muchas veces descansan en la mera disuasión. Como el miedo a morir o a ser capturado no frena a los suicidas, resulta muy difícil diseñar medidas de protección seguras. Como consecuencia, es un terrorismo que crea gran alarma social. Además, la persona cargada de explosivos se convierte en una especie de misil humano, que después de infiltrarse elige el momento y las circunstancias más oportunas, respondiendo a las incidencias que puedan aparecer. Incrementa la exactitud del golpe letal. Es un método que ofrece muchas ventajas a los terroristas y su continuidad futura es también previsible, ya que constituye un instrumento eficaz para desafiar y herir a adversarios mucho más poderosos. De hecho, las acciones suicidas se están convirtiendo en un elemento distintivo del terrorismo global impulsado por Al-Qaeda.

El terrorismo islamista ¿confirma el choque de civilizaciones?

En el verano de 1993 la prestigiosa revista *Foreign Affairs* publicó el artículo «The Clash of Civilizations?». Su autor, Samuel Huntington, proponía un nuevo paradigma para interpretar las relaciones internacionales que destacaba la importancia de los factores culturales en el origen de los conflictos futuros. El artículo ha sido objeto de debate durante todos estos años, y la mayor parte de los analistas han cuestionado seriamente la validez de sus propuestas. Sin embargo, cuando se produjeron los atentados del 11 de septiembre muchos acudieron a la teoría del choque de civilizaciones para explicar lo sucedido.

Huntington defiende en las páginas de ese artículo (Huntington, 1993: 22-49) (y de un libro publicado poco después con el mismo título, cf. Huntington, 1997) que los próximos conflictos armados estarán originados por las diferencias entre civilizaciones en un mundo global. Los Estados continuarán siendo actores poderosos de las relaciones internacionales, pero los choques tendrán lugar predominantemente entre grupos de diferente identidad o entre civilizaciones. Huntington apunala su teoría con los siguientes argumentos:

- Las diferencias entre civilizaciones hacen referencia a cuestiones básicas y fundamentales (que difícilmente se cambian por otras) sobre el modo de entender la vida y valorar lo que nos rodea.
- La interacción entre personas y pueblos es cada vez mayor, lo que conlleva mayor toma de conciencia individual y colectiva, y genera desconfianza hacia los que pertenecen a una civilización distinta. Los cambios sociales debilitan la identidad de muchos, y algunos llenan ese vacío con identidades fundamentalistas.
- Lugar, la supremacía occidental es reconocida por las otras civilizaciones, pero éstas desean a su vez un mundo no occidentalizado.
- Las características de las civilizaciones son menos modificables que las diferencias entre ideologías o sistemas políticos.
- Los procesos de integración regional, impulsados por razones económicas, se producen mayoritariamente entre culturas comunes, lo que a la larga favorece la competencia entre los distintos grupos homogéneos.

La propuesta de Huntington es sugerente, pero sufre de importantes limitaciones que la desautorizan como modelo de interpretación de las relaciones internacionales. El concepto de civilización, y las siete u ocho civilizaciones que identifica; el carácter monolítico que les confiere (cuando muchos de los conflictos étnicos actuales tienen lugar dentro de una misma civilización); y el limitarse sólo al aspecto negativo de la interacción entre culturas (sin prestar atención a que en muchas ocasiones lo que genera es comprensión y apertura a la diferencia); son problemas que minan su validez (Rajendram, 2002: 217-232).

A pesar de ello, los artículos que critican la teoría de Huntington reconocen su importancia al resaltar los factores religiosos y culturales en el estudio de las relaciones internacionales. Esto es cierto, pero se podría añadir algo más. La visión del «choque de civilizaciones» también nos permite entender cómo contemplan el mundo los islamistas radicales. Y ello resulta de gran interés, porque enriquece el análisis de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y de las consecuencias de la posterior campaña internacional contra el terrorismo. Lo que ha sucedido desde entonces no da la razón a Huntington porque, por ejemplo, la respuesta militar norteamericana contó con el apoyo directo de países de mayoría islámica (incluso Irán ofreció su colaboración para las misiones de rescate de los pilotos americanos que operaban en Afganistán), y todavía varios de esos países son aliados clave. Sin embargo, la visión de Huntington destaca la dimensión religiosa y cultural del conflicto, y de esa manera añade elementos que apenas se habían tenido presentes en las relaciones internacionales. Hasta hace poco casi toda la atención se ha centrado en cuestiones como el papel protagonista de los Estados, el interés nacional o la función de las organizaciones supraestatales (Phillpott, 2002: 66-95). La introducción de nuevas perspectivas es interesante no sólo desde el punto de vista académico sino también en la práctica política. De lo contrario, en la lucha contra el terrorismo islamista se puede acabar produciendo una asimetría no sólo en los medios, sino también en los objetivos y en la interpretación de por qué se está combatiendo. Si no se tiene en cuenta el punto de vista del adversario, las estrategias para derrotarlo pueden resultar ineficaces o incluso contraproducentes.

Los partidarios del terrorismo islamista entienden su lucha en clave de choque de civilizaciones. Durante una entrevista realizada por la cadena Al-Yazira, Osama Bin Laden (fue un terrorista yihadista de origen saudí, el fundador de la red terrorista Al-Qaeda; murió durante una acción militar de EE.UU. el 2 de mayo de 2011) respondió tajantemente a la pregunta de si, a su parecer, existía tal confrontación:

No hay duda. Es un asunto muy claro, probado en el Libro y en la Sunna, y que cualquier creyente que diga tener fe debería creer (Al-Yazira, 2001).

La realidad mundial no da la razón a la teoría de Huntington, pero los que respaldan el terrorismo islamista sí están de acuerdo con ella y actúan en consecuencia. Según los *yihadistas*, la civilización judeo-cristiana siempre ha sido hostil a los musulmanes y hoy día esa enemistad toma la forma de una conspiración liderada por Estados Unidos, y apoyada directamente por los judíos, para acabar con el islam. Por eso los musulmanes deben reaccionar y derrotar a Occidente. Se trata de defensa legítima y de una obligación religiosa. La percepción que Al-Qaeda tiene del mundo se hace eco de la distinción clásica entre *Dar al-Islam* (tierra del Islam) y *Dar al-Harb* (tierra de la guerra). Bin Laden utiliza esas categorías y habla de los que están con él, en el bando del islam, y los que están con la alianza de cruzados y judíos:

Yo les digo que estos acontecimientos han dividido al mundo en dos campos: el de los fieles y el campo de los infieles. Que Dios nos proteja de ellos. Cada musulmán debe levantarse para defender su religión [...] Cada musulmán debe seguir su religión, perseguir a los oficiales de Estados Unidos de América, empezando por la cabeza de los infieles internacionales, Bush y su equipo (El Mundo, 7 de octubre de 2001).

Sayyid Qutb, un escritor, crítico literario e intelectual del Egipto de mediados de siglo XX, uno de los pensadores que más ha influido en el origen ideológico del terrorismo islamista expuso hace casi cincuenta años una idea similar:

En el mundo sólo hay un bando, el bando de Dios; todos los otros son bando de satán y rebelión. Los que creen, luchan en la causa de Dios, y los que no creen, luchan en la causa de la rebelión (Raphaeli, 2002: 3).

Para los *yihadistas* sí que existe choque de civilizaciones. Desde su punto de vista, su guerra sería una respuesta a la hostilidad iniciada por los adversarios desde que nació el islam, hace mil cuatrocientos años. Según ellos, la historia del islam ha sido una historia de lucha defensiva contra la agresión cristiana y judía. No cabe la neutralidad. Todo verdadero musulmán debe defender su religión; por eso, uno de los objetivos de Al-Qaeda consiste precisamente en transmitir la conciencia de la obligación de la *yihad* al resto de musulmanes, mediante la propaganda del discurso y de la acción. En unas declaraciones que, más que una realidad expresaba un deseo, Bin Laden afirmaba lo siguiente:

Por la gracia de Dios, hoy todo el mundo musulmán ha hecho suyo el espíritu de fuerza de la fe y ha comenzado a movilizarse con el fin de acabar con la ocupación y la influencia de los Estados Unidos sobre nuestros países (Entrevista realizada por Peter Arnett de CNN en marzo de 1997).

Como la mayor parte de las ideologías violentas, la teoría de la guerra santa que justifica el terrorismo islamista encuentra un apoyo directo minoritario. No obstante, su discurso antioccidental coincide en parte con el que se escucha en la calle árabe y, especialmente, con la retórica de muchos movimientos islamistas (Fuller y Leiser, 1995). Muchos de los estereotipos del pensamiento árabe sobre Occidente se dan cita en ese común sentir. Al-Qaeda intenta aprovechar el sentimiento antioccidental generalizado y pretende provocar un choque de civilizaciones mediante el ciclo de acción-represión-reacción que generan sus ataques terroristas (Jenkins, 2002: 7). La campaña militar estadounidense en Afganistán, que provocó una ola de protestas en el mundo musulmán, entraba en los cálculos de los *yihadistas*. Al-Qaeda fue derrotada militarmente en Afganistán, pero la reacción norteamericana reforzó su discurso. Ellos esperaban vencer a los americanos en el mismo escenario donde derrotaron al Ejército Rojo. El exceso de confianza en la guerra de guerrillas, y la apreciación equivocada sobre la

Desde su punto de vista, su guerra sería una respuesta a la hostilidad iniciada por los adversarios desde que nació el islam, hace mil cuatrocientos años

Como la mayor parte de las ideologías violentas, la teoría de la guerra santa que justifica el terrorismo islamista encuentra un apoyo directo minoritario.

escasa tolerancia de bajas de la sociedad estadounidense les llevaron a despreciar erróneamente a su adversario. No obstante, al provocar los bombardeos norteamericanos, y al emitir Al Yazira sus efectos sobre la población civil, Al-Qaeda consiguió que miles de personas en todo el mundo musulmán quemaran banderas norteamericanas y vitoreasen el nombre de Bin Laden. Para muchos, el líder terrorista es una persona honesta, que se preocupa de los desfavorecidos, y uno de los pocos que ha enfrentado a la arrogancia occidental. Por eso lo consideran un nuevo Saladino, un héroe del islam (Adib-Moghaddam, 2002: 203-216). La guerra contra Al-Qaeda no es sólo una lucha contra un grupo terrorista, sino contra una ideología. El diseño de las políticas de seguridad (La Resolución 2178 del Consejo de Seguridad, de septiembre de 2014 –sobre las amenazas de organizaciones terroristas contra la paz internacional– ha contribuido a movilizar a la comunidad internacional en la concepción de mejores soluciones para luchar contra el extremismo violento) debe tener presente sus efectos secundarios, incluidos los de tipo narrativo, y debe actuar sobre ellos. De lo contrario, se puede terminar cayendo en la trampa retórica de los terroristas.

Valoración final: ¿Qué futuro nos espera?

Prever el futuro es siempre una tarea arriesgada. De cualquier manera, el análisis que hemos realizado a lo largo de este artículo nos permite extraer algunas conclusiones generales e intuir el desarrollo que experimentará el terrorismo islamista en los próximos años. Nuestro análisis prospectivo parte de la convicción de que este tipo de violencia seguirá presentando una amenaza para la seguridad mundial durante buena parte del siglo XXI. «El yihadismo no va a ser la mayor amenaza del siglo XXI pero seguramente, la más duradera», introduce Juan Battaleme, el autor del libro *Un mundo ofensivo* (2009). La guerra internacional contra el terrorismo ha logrado avances innegables en los dos últimos años, pero no está asegurando el éxito a largo plazo. El terrorismo islamista evolucionará y quizá se manifestará de forma distinta a como lo ha hecho hasta ahora, pero seguirá actuando letalmente en las próximas décadas.

Me gustaría analizar las razones que explican por qué el terrorismo islamista seguirá estando presente durante buena parte del siglo XXI. Las claves de esa continuidad se deducen de sus causas. Las raíces del terrorismo islamista son profundas, difíciles de extirpar, y la globalización (un fenómeno intrínseco a este siglo) tiende a reforzarlas, como lo afirma el escritor y periodista franco-suizo Richard Labéviere en su libro *Terrorismo, la faz oscura de la globalización* (2016). En estos párrafos finales vamos a considerar la evolución del terrorismo islamista en el contexto de dicho proceso de globalización.

Un mundo en el que las distancias se acortan implica nuevos retos de seguridad. En algunos casos el contacto entre culturas diferentes puede tener consecuencias positivas, pero también puede dar lugar a *conflictos motivados por el contraste de valores y de formas de ver la vida*. Precisamente en ello radica una de las principales causas del terrorismo islamista. Como ya hemos señalado, la guerra global que enfrenta a los *yihadistas* contra los Estados Unidos y sus aliados no es simplemente una lucha de los que *no tienen* contra los que *tienen*, sino un combate entre formas muy diferentes

El terrorismo islamista evolucionará y quizá se manifestará de forma distinta a como lo ha hecho hasta ahora, pero seguirá actuando letalmente en las próximas décadas

de entender el mundo. Las injusticias que genera el espíritu neoliberal de la globalización económica alimentan aun más el conflicto, pero no constituyen su esencia. Por tanto, lo duro de este análisis es que deja escaso lugar para el optimismo al predecir la evolución futura de los acontecimientos. La lógica y coherencia interna del islamismo y del *yihadismo* impide que terminemos este artículo en clave *wishful thinking*, afirmando que el problema se solucionará a través del conocimiento y contacto entre culturas. La experiencia demuestra trágicamente que no siempre es así. El conocimiento mutuo también puede provocar rechazo (Hughes, 2002: 421-433).

Los puntos de fricción son numerosos. En 1995 Benjamin Barber sintetizó la oposición entre capitalismo e islamismo con la imagen «Yihad contra McWorld» (Barber, 1995): la lucha entre el capitalismo global y las fuerzas tribales que rechazan la modernidad, resistiéndose a perder su bagaje cultural e identitario. El sociólogo británico Anthony Giddens, inspirador de la tercera vía, también llamó la atención hace unos años sobre la oposición que los fundamentalismos representaban en el avance de la globalización (Giddens, 2000). Después del 11 de septiembre ese tipo de consideraciones se han convertido en una constante; pero, como es lógico, el problema no se puede describir meramente como una lucha entre la civilización del progreso y los oscurantistas reaccionarios. El mundo desarrollado tiene mucho de injusto y de degradación moral, y su influencia llega a todos los rincones del planeta; no es extraño que algunas de las caras de Occidente desagraden a los islamistas, también son muchos, dentro de las economías avanzadas, los que critican con dureza al sistema.

Sin embargo, el debate incluye algunos elementos que unos consideran adelanto mientras otros tienen una visión diferente. Uno de los más complejos radica en la manera de entender la política y la sociedad. Este es posiblemente el punto de colisión más agudo e insoslayable. A Occidente le ha llevado muchos siglos y le ha costado innumerables sufrimientos llegar hasta la democracia liberal tal como hoy la conocemos; es considerada mayoritariamente la forma de gobierno más acorde con la dignidad humana. Sin embargo, el islamismo – y particularmente las corrientes que alimentan el *yihadismo* – tienen un proyecto de sociedad islámica donde las estructuras políticas responden al proyecto de una religión. Como resumió Al-Banna, fundador de la Organización de los Hermanos Musulmanes de Egipto, para ellos «el islam es religión y Estado, libro y espada, toda una

No es simplemente una lucha de los que no tienen contra los que tienen, sino un combate entre formas muy diferentes de entender el mundo

Como resumió Al-Banna, fundador de la Organización de los Hermanos Musulmanes de Egipto, para ellos «el islam es religión y Estado, libro y espada, toda una forma de vida»

forma de vida» (Valenzuela, 2012: 51). En ese espacio, los que tienen otras creencias encuentran limitadas sus opciones de participación política.

Contra la visión inevitable del conflicto se puede argumentar que los islamistas moderan sus pretensiones en el terreno práctico, cuando participan en política. Esa es la experiencia de los países en donde han logrado algún tipo de representación parlamentaria. Pero ello no quiere decir que renuncien a su pretensión última de crear una comunidad político-religiosa basada en la ley islámica. Sólo que, en esos casos, carecen de la posibilidad real de hacerlo. Por su parte, los *yihadistas* son menos pacientes y luchan por implantar el Estado islámico y combatir el paganismo. La diferencia entre islamismo y *yihadismo* radica sobre todo en los medios, pero ambos coinciden en el objetivo final y en su carácter irrenunciable.

¿Es posible que el islamismo evolucione, llegando a aceptar la democracia y la no confesionalidad del Estado? Resulta muy difícil responder a esta pregunta. En la religión cristiana el desarrollo ha sido lento. Aunque inicialmente el poder religioso y el político estaban separados, durante gran parte de la historia posterior la distinción ha sido escasamente precisa o, simplemente, inexistente. Pero el origen de esa confusión se explica sobre todo por razones políticas e históricas, no teológicas ni ligadas a la esencia doctrinal de la religión. El cristianismo tiene en su raíz el principio de «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»; un espíritu que también se aprecia en las exhortaciones de san Pablo a las primeras generaciones de cristianos para que fuesen buenos ciudadanos de un imperio pagano. Sin embargo, la distinción entre lo temporal y lo religioso no es tan fácil de advertir en el islam (Lewis, 2001: 28-29). La primera comunidad de Medina era una entidad político-religiosa, y la tradición filosófica y teológica posterior entendió la organización política de los creyentes bajo el prisma de que el islam era el alma del gobierno. La vuelta a los orígenes que pretenden los islamistas reafirma esa visión. Y nada hace prever que vayan a modificar su opinión al respecto en el corto plazo.

Se plantea así un punto de colisión difícil de evitar. Hoy por hoy ni el pensamiento político occidental (compartido también por numerosas personas de otras culturas), ni el islamista están dispuestos a renunciar a los pilares esenciales de su edificio ideológico. En el mejor de los casos los dos pueden coexistir en Estados diferentes. Pero el conflicto está presente cuando esas visiones coinciden a la hora de organizar la estructura de poder de un determinado país. La globalización y el contacto cultural e ideológico incrementan las posibilidades de choque. En un mundo donde se produce un flujo continuo de bienes, personas e ideas, no se puede esperar que las concepciones ideológicas contrapuestas se ignoren mutuamente y formen bloques territoriales comunicados. Las poblaciones no son homogéneas, la impenetrabilidad completa de las fronteras de información se ha convertido en una quimera, y el intercambio es continuo. Aunque lograsen el poder, los islamistas no pueden cerrar sus sociedades al resto del mundo; a menos que las hagan regresar a la Edad Media, como casi lo lograron los talibanes. Al mismo tiempo, el islamismo es expansivo por naturaleza

La Organización de la Conferencia Islámica considera que Europa ya es Dar al-Islam, por ser cada vez mayor el número de musulmanes que viven en el Continente

Atentados tan espectaculares y mortíferos como los del 11 de septiembre constituirán una excepción. El terrorismo islamista perturbará al sistema, pero no lo destruirá

y en último término –matizado por su habitual realismo– se propone la sujeción religiosa de toda la Tierra. Una muestra de ello es que la Organización de la Conferencia Islámica considera que Europa ya es *Dar al-Islam*, por ser cada vez mayor el número de musulmanes que viven en el Continente. Para Al-Banna, el patriotismo no se sustenta en lazos geográficos, sino ideológicos. Cualquier lugar donde habite un musulmán se convierte en tierra del islam. Los colectivos islamistas pueden mantener una actitud callada por mera prudencia, pero más tarde o más temprano pueden reclamar el reconocimiento de espacios políticos regidos por las leyes del islam. Así ha ocurrido en los países de mayoría musulmana, y es probable que así suceda donde son minoría, si creen que tienen posibilidades de éxito.

El terrorismo islamista se ha convertido en el protagonista de la primera guerra global entre redes de Estados y actores no estatales. Es difícil encontrar precedentes históricos de un fenómeno semejante. Será necesario mucho tiempo hasta que se puedan extirpar las raíces profundas que lo sostienen. Hasta entonces su violencia será particularmente intensa en determinados puntos focales del planeta (a través del terrorismo de liberación) e insidiosa en otras regiones del mundo (por el terrorismo global). Atentados tan espectaculares y mortíferos como los del 11 de septiembre constituirán una excepción. El terrorismo islamista perturbará al sistema, pero no lo destruirá. En este artículo no se han considerado en profundidad otros factores importantes de tipo socioeconómico, histórico y estructural en el origen o en el reforzamiento del fenómeno terrorismo islamista. Estos se podrían bien considerar en un futuro trabajo de investigación. Mientras no se solucionen las causas de fondo todo lo que podrá hacerse será gestionar el conflicto y minimizar los daños.

Me gustaría concluir este artículo con las palabras de Lawrence Wright, que es considerado uno de los periodistas más prestigiosos en cuestiones de terrorismo y Oriente Próximo:

Esta época de terror terminará algún día, pero es difícil predecir si nuestra sociedad será capaz de restaurar la sensación de libertad que antaño fue nuestro patrimonio. El estado de la seguridad que se ha desarrollado a partir del 11-S ha transformado nuestra cultura; y sí, es cierto que hemos necesitado esa protección. A menudo se nos recuerda que no debemos «olvidar nunca» lo que ocurrió aquel fatídico día. Pero si no somos capaces de tener presente cómo éramos antes del 11-S, puede que nunca podamos avanzar de nuevo en aquella dirección. En ese caso, los terroristas habrán ganado (Wright, 2017: 450).

Referencias

Adib-Moghaddam, Archin (2002). «Global Intifadah? September 11th and the Struggle within Islam», *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 15, no. 2, 2002, pp. 203-216.

AlYazira, disponible en http://www.aljazeera.net/programs/open_dialog/articles/2002/7/7-2-1.htm consultado 23-12-2016.

Aslan, Reza (2015). *Sólo hay un Dios. Breve historia de la evolución del Islam*. Barcelona: Ediciones Urano.

- Barber, Benjamin (1995). *Jihad vs. McWorld: How Globalism and Tribalism are Reshaping the World*. New York: Ballantine.
- Bellamy, Alex (2009). *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*. Madrid: FCE.
- Calvo Alvero, José Luis (2004). «El terrorismo como estrategia asimétrica», en Jordán, Javier (coord.). *Los orígenes del terror. Indagando en las causas del terrorismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Carr, Caleb (2002). *Las lecciones del terror. Orígenes históricos del terrorismo internacional*. Barcelona: Ediciones B.
- Corte Ibáñez, Luis, de la (2007). *La lógica del terrorismo*. Madrid: Alianza.
- El País*, 7 de julio de 2016. Un "atlas" del terrorismo en los últimos 45 años http://internacional.elpais.com/internacional/2016/07/05/actualidad/1467736948_598497.html consultado 12-05-2017.
- Enders, W. y Sandler, T. (2000). «Is Transnational Terrorism Becoming More Threatening? A Time-Series Investigation», *Journal of Conflict Resolution*, vol. 44, no. 3, June 2000, pp. 307-332.
- Fernández Rodríguez, José Julio (2008). *Seguridad y defensa hoy. Construyendo el futuro*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Fuller, G.E. y Lesser, I.O. (1995). *A Sense of Siege: The Geopolitics of Islam, and the West*. Oxford: Westview Press.
- Giddens, Anthony (2000). *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Santillana.
- Global Terrorism Database (GDT) <https://www.start.umd.edu/gtd/> consultado 23-05-2017.
- Gluksmann, Andre (2001). *Dostoievski en Manhattan*. Madrid: Taurus.
- Guelke, Adrian (1995). *The Age of Terrorism and the International Political System*, New York: Tauris.
- Gunaratna, R. (2000). «Suicide terrorism: a global threat», *Jane's Intelligence Review*, 20 October 2000.
- Hoffman, Bruce (1999). *A mano armada. Historia del Terrorismo*. Madrid: Espasa Calpe.
- Hoffman, Bruce (1995). «Holy Terror: The Implications of Terrorism Motivated by a Religious Imperative», *Studies in Conflict and Terrorism*, vol. 18, 1995, pp. 271-284.
- Hoffman, Bruce (1999). «Terrorism Trends and Prospects», en Lesser, I.O., Hoffman, B., Arquilla, J., Ronfeldt, D.R., Zanini, M. y Jenkins, B.M., *Countering the New Terrorism*, Rand, Santa Mónica, 1999, pp. 7-38.
- Hughes, C.W., «Reflections on Globalisation, Security and 9/11», *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 15, no. 3, 2002, pp. 421-433.
- Huntington, Samuel P. (1993). «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, vol. 72, no. 3, 1993, pp. 22-49.
- Huntington, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Plaza & Janes.
- Ignatieff, Michael (2001). «On the brink of war: It's war - but it doesn't have to be dirty», *The Guardian*, October 1, 2001.
- INFOBAE <http://www.infobae.com/americas/mundo/2017/05/23/suman-388-atentados-en-el-mundo-en-lo-que-va-de-2017/> consultado 02-06-2017.
- Israeli, Raphael (2002). «A Manual of Islamic Fundamentalism», *Terrorism and Political Violence*, vol. 14, no. 4, 2002, pp. 23-40.

- Jenkins, Brian Michael (2002). *Countering Al-Qaeda. An Appreciation of the Situation and Suggestion for Strategy*. Santa Mónica: RAND.
- Jordán Enamorado, Javier (2008). *El terrorismo global una década después del 11-S*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Juergensmeyer, Mark (2001). *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Laqueur, Walter (1999). *The New Terrorism. Fanatism and the Arms of Mass Destruction*. Oxford: Oxford University Press.
- Laqueur, Walter (2003). *Una historia del terrorismo*. Barcelona: Paidós.
- Lewis, Bernard (1988). *Political language of Islam*. Chicago: The University of Chicago.
- Lewis, Bernard (2001). *The Multiple Identities of the Middle East*. New York: Schocken Books.
- Pedazhur, A., Eubank, W., y Wienberg, L. (2002). «The War on Terrorism and the Decline of Terrorist Group Formation», *Terrorism and Political Violence*, vol. 14, no. 3, 2002, pp. 141-147.
- Philpott, D. (2002). «The Challenge of September 11 to Secularism in International Relations», *World Politics*, 55, October 2002, pp. 66-95.
- Raphaeli, N. (2002). «Ayman Rabi' Al-Zawahiri: The Making of an Arch-Terrorist», *Terrorism and Political Violence*, vol. 14, no. 4, 2002.
- Rajendram, L. (2002). «Does the Clash of Civilizations Paradigm Provide a Persuasive Explanation of International Politics after September 11th?», *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 15, no. 2, 2002, pp. 217-232.
- Ranstorp, Magnus (1996). «Terrorism in the Name of Religion», *Journal of International Affairs*, vol. 50, no. 1, 1996, pp. 41-62.
- Reinares, Fernando (2001). *Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y porqué*. Madrid: Taurus.
- Reinares, Fernando (1998). *Terrorismo y Antiterrorismo*. Barcelona: Paidós.
- Richardson, James T. (2001). «Minority Religions and the Context of Violence: A Conflict/Interactionist Perspective», *Terrorism and Political Violence*, vol. 13, no. 1, 2001, pp. 103-133.
- Rosenau, William (2001). «Aum Shinrikyo's Biological Weapons Program: Why Did it Fail?», *Studies in Conflict & Terrorism*, 24: 289-301.
- Serrano Oceja, José Francisco (2001). *La Iglesia frente al terrorismo de ETA. Selección y edición de textos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- State Department, Patterns of Global Terrorism, 2002, disponible en <https://www.state.gov/j/ct/rls/crt/2002/> consultado 19-05-2017.
- Schweitzer, Yoram, Shay, Shaul (2002). *An Expected Surprise – The September 11th Attacks in the USA and their Ramifications*. Mifalot: IDC & ICT Publications.
- Valenzuela, Javier (2012). *Crónica del nuevo Oriente Próximo*. Madrid: Catarata.
- Walzer, Michael (2001). *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Buenos Aires: Paidós.
- Wright, Lawrence (2017). *Los años del terror. De al-Qaeda al Estado Islámico*. México: Debate.